

cuyo poder mágico no les era dado en modo alguno sustraerse. ¿Quién fuera el motor primero de aquella revolución providencial? Nadie lo sabe. Reciente la victoria, todos se imputaban y atribuían el esfuerzo, y advenida la triste adversidad, rehusaron todos las responsabilidades; todos quisieron alzarse con la gloria del hecho revolucionario á la hora del triunfo, todos lo declinaron y lo rehuyeron á la hora de una reacción insensata, criminal y sanguinaria como la misma revolución, pero no tan creadora, y menós tan fecunda como ésta. Pues cuanto de bueno y sólido hiciera la revolución, ha quedado; mientras ha caído en la nada cuanto intentara el desvarío reaccionario hacer hacia sus infames retrocesos. Así la Francia entera, y no infame turba de canallas y perdidos, como quieren los reaccionarios, rechazó aquella revolución del diez de Agosto, que los privilegiados han creído una obra del diablo y que ha resultado en los juicios definitivos é inapelables del tiempo una obra de Dios. ¿Dónde se halla, vuelvo á preguntar, en qué rincón del tiempo, su autor? Un taimado, como Robespierre, iba requiriendo de todos los impulsos favorables á la revolución, su dictadura, pero hurtando el cuerpo á todos los peligros. Nadie supo dónde se ocultara en aquellas cuarenta y ocho mortales horas del asalto al Palacio y del combate supremo entre los realistas y los revolucionarios. Como aquellos magnetizados y sonámbulos, que despedían cual sacerdotes oraculares ideas siniestras de sus palabras, y cual gatos manoseados centellas eléctricas de su pellejo; los labios vibrantes de conjuros y la vida compuesta de conjuraciones, los rojos, fueran á buscarlo, se ocultó, guardado cual un tesoro por su ama de hospedaje, la cual, queriéndolo casta y fraternalmente, sin atreverse á decir una palabra en su presencia como se callan los devotos en presencia de las efigies y de los simulacros queridos, tenía celos de todo el mundo y guardaba su hospedado en casa con la resolución de no entregarlo, sino cuando hubiera de salvar á Francia por una divinización de su persona única y por una exaltación incontrastable al poder y á la dictadura. Cuando gente, como Antoine, como Santerre, como tantos y tantos decididos á exaltarlos en cesaristas apoteosis, lo buscaban, echábalos su ama, tan cuidadosa de su Pontífice, como cualquier ama vulgar de su cura, y deciales que se proponían perderlo, en el cual propósito no quería ella seguirlos, Vestal de aquella solitaria divinidad sin superiores y sin rivales. Pues algo semejante, y aun algo más, aconteció con Marat. Mientras no hubo peligros, su desenfundada pluma no encontró límite ninguno en la obra de incendiar todos los ánimos y de alentar á todas las matanzas. Pero, en cuanto vió acercarse la tempestad, sus nervios se desarreglaron á las corrientes eléctricas cual si los tañeran rayos y centellas, saltando su cuerpo á la vista del peligro, como puede saltar un demonio rociado por agua bendita. En su pánico le crecía la demencia, y como se pasaba la vida persiguiendo á los demás, caía en el delirio de las persecuciones á su persona y á su obra, pidiendo de rodillas, trémulo, con los ojos fuera de las órbitas, con la lengua fuera de la boca, con estremecimientos sin término, y epilepsias sin

remedio, que lo pusieran en salvo, y que lo encerraran, siquier fuera en los infiernos. Barbaroux, á quien se dirigió, conjurándolo para que á Marsella se lo llevara, no pudo hacerlo, y estuvo Marat sin seso, por apesadumbrado y medroso, hasta que Danton, cogiéndolo como se coge á un frenético para encerrarlo por siempre, lo enterró vivo en el subterráneo más hondo que hubo á mano, subterráneo donde pasaba la vida dentro de un baño, alucinadísimo por visiones sangrientas y moviendo todos los ánimos á la matanza y al exterminio. De perplejo talante Barbaroux se hallaba. Un dogmático, circunspecto, pero profundo, el dogmatismo de Madame Roland habíalo llevado á llamar sus marseleses y este llamamiento de sus marseleses á tomar un grande predominio en los preparativos de la revolución. Pero sentía desconfianza tan enorme del buen éxito y recelo tan intenso de la derrota, que llevaba un puñal en el cinto para clavárselo en el pecho así que viera propender el resultado de aquellos combates á favor de la reacción. Entonces, sólo entonces, nació en su ánimo el pensamiento, que debía costarle honra con vida y hacerle pasar ante la posteridad como enemigo del pueblo francés y de su maravillosa unidad, el pensamiento de fundar en el Mediodía contra las perplejidades múltiples de París y las tendencias absolutistas del Norte, una moderada República.

La noche, que mediara entre los arreboles del crepúsculo vespertino pertenecientes al día nueve y los albores del crepúsculo matutino pertenecientes al día diez de Agosto, parece una de las noches más extraordinarias y excepcionales del tiempo, y por lo mismo, una de las noches que atraen mayormente hoy todo el interés y atención de los historiadores y de la Historia. Tres narraciones de su extraño curso nos han quedado, las tres curiosísimas, legadas por tres mujeres, las cuales representan tres fases de la política francesa entonces y tres partidos de los militantes en aquella empeñadísima batalla. Debemos una de las narraciones á Lucila Desmoulins, perteneciente al partido revolucionario y que pasó tal suprema noche con Danton en familia; debemos otra de las narraciones á la célebre Madame Staël, perteneciente al partido constitucional, y que pasó tal noche desvelada en los balcones de su palacio diplomático; debemos otra de las narraciones á Madame Campan, perteneciente al partido realista, y que pasó la noche junto á los Reyes en las amenazadas Tullerías. Según unánimes noticias de todos los historiadores, la noche aparecía de una calma y de una paz verdaderamente celestiales. No soplaban un suspiro de aire; no se oía rumor ninguno proveniente de la Naturaleza; oxígeno purísimo se respiraba en la suave atmósfera serena; fresco nocturno se recogía en aquella placidez, á calurosa tarde canicular subsiguiente; los cielos, de un azul oscurísimo y profundo, centelleaban al resplandor de sus constelaciones, que diríase miraban á una con amor la bendita tierra. Todos los grandes artistas, dados á presentar en el drama ó en la historia, bien las armonías, bien los contrastes, entre la vida y el alma, entre la Naturaleza y la idea, entre el Universo material y el humano espíritu, se han holgado en describir la correlación de los



hechos con los pensamientos y del escenario histórico, en que los hechos pasan á su vez, con la escena ó el drama que los hechos componen y que los personajes históricos representan. El inimitable, aunque imitado, Tácito, presta condiciones trágicas, á la manera de Shakespeare y Calderón en sus dramas, el relato de la noche aquella, en que mató Nerón á su madre, poniendo junto al desorden de las pasiones imperiales el aspecto indiferente de Bayas, retratando en las aguas tranquilas y celestes de su bahía los centelleos dulcísimos de las estrellas, tranquilas y jubilosas, iluminando aquel crimen tan atroz, como pudieran iluminar bella obra del divino arte ó hechos generosos del humano albedrío. Cuál contraste dramático la noche del nueve de Agosto entre la calma del aire, la serenidad del horizonte, la paz del Universo y los remolinos de pasiones contrarias desatados en el corazón de los hombres, que unos querían empujar la sociedad allende lo posible, otros refrenarla en términos de hacerla caer atrás, de espaldas, y todos aparecían presa de una demencia colectiva inenarrable, cuyas terribles alucinaciones rasgaban los nervios comunes y los descomponían, como las tempestades y su electricidad pueden rasgar y descomponer nuestros particulares nervios. Solamente un fragor producido por los hombres turbaba la paz del aire, haciéndolo estremecerse dentro de sus abismos y en ondas sonoras de intensas resonancias agitarse con agitación y estremecimientos indecibles. Era el rebato tañido desde las altas torres con las lenguas de sus campanas; el rebato anunciando la guerra, es decir, el derrame de la sangre francesa, el desate de una cacería infernal, el degüello de innumerables infelices, el seco trueno de las descargas cerradas, el estallido fulminante de los cañones disparados, el incendio acompañando á la matanza, el Apocalipsis de una revolución. Aseguraba Donoso Cortés, el gran Donoso Cortés, no merecer la toga viril quien jamás viera una revolución moderna con sus horrorosos estremecimientos y con sus condensaciones en un ideal de todas las ideas y en un minuto de todos los tiempos. Mi generación, la generación á que yo pertenezco, la generación á que han pertenecido mis padres, la generación á que pertenecieran mis abuelos, vivieran las pasadas ó muertas, y viven las todavía presentes, en una revolución perdurable. Por esto, reflexivo chusco, muy chusco, expresaba tal estado de nuestra sociedad con la siguiente donosísima frase: «Cuando á tierra extraña llegamos y decimos por nuestro aire ó por nuestro acento que somos españoles, nos dicen todos á una en irónicas interrogaciones:—¿cómo, siendo Vds. españoles, no los han fusilado nunca? Hemos tenido muchas revoluciones y pasado por muchas noches tormentosas como la noche del diez de Agosto en París. Y nos acordamos, al evocar su recuerdo, siempre vivo en el corazón y en la memoria, del rito celebrado por los navegantes, que van de un hemisferio á otro hemisferio, cuando festejan el paso de la línea equinoccial, pues también tiene sus líneas equinociales el tiempo y también las hemos atravesado en los hervideros y en los ciclones de una revolución espantosa. Parece la sociedad tales noches nave combatida

por un huracán; parecen los nervios á una electricidad misteriosa crispados; la cabeza y la mente se toman de vértigos espantosos; el corazón y las sienes con celeridad laten; crecen las fuerzas y tocan en el heroísmo; de menosprecio por la vida y una sed abrasadora de martirio concluyen poseyéndose hasta el extremo de que corréis á la muerte con el ímpetu con que podéis correr en estado normal á las fiestas ó á los placeres, pues hay una idea tan misteriosa, pero tan cierta, deramada en los espacios de la mente colectiva, y un sacudimiento en los nervios sociales, que, sin saber dónde vais ni cuál móvil os guía en vuestro arrebatado, concluís por participar del afecto universal y poner mano en una obra que os parece á vosotros mismos calenturiento sueño, irrealizable ilusión.

Volvamos á las narraciones capitales de aquella noche y comencemos por la narración de Lucila. Esta bellísima joven, esposa del aristofanesco escritor Camilo Desmoulins, vuelve aquel día, nueve, á París, desde campestre retiro en los alrededores, arrastrada por el deseo de saber cuanto pasa, y pase lo que pase, conocerlo todo, desafiario todo, sufrirlo todo junto á su joven marido, con cuyo amor y compañía las lunas enteras del año se le aparecen lunas de mieles y de alegrías. Sabe, industriada por cartas, la inevitable aproximación de suprema noche revolucionaria, y no pudiendo prever cuál suerte á su marido podía tocar en aquel remolino, por si fuese adversa, corre á su lado, y se acurruca, como pasajero medroso en buque zozobante, por un rincón cualquiera, para que le cojan la tempestad y el naufragio junto al predilecto de su alma, pues así habrá de tranquilizarse por fuerza el corazón intranquilo y de parecerle hasta dulce la muerte. Comió aquella noche con los marseleses y después de la comida, fué casa de Danton, vecino suyo. No hace la cuitada sino entrar, y advierte ya la obsesión reinante sobre todos en aquella hora trágica. El hijuelo de Danton parecía como atontado por los lloros de su madre sin tasa ni consuelo, y los paseos de su padre afirmando hallarse á las obras mayores resuelto con sobrehumano esfuerzo. Lucila, tan profundamente preocupada por lo que temía, como el muchacho de Danton, en su deseo de ocultar las propias conmociones y no afligir á su Camilo, se domina pronto y se abstiene de llorar, cual madame Danton lloraba, riendo como una loca, y mostrándose de una serenidad terrible, pues era precursora de un inmediato accidente. Con efecto, á poco de penetrar allí, Camilo sale al salón próximo; y á poco de salir, vuelve con un fusil al hombro. Lucila, viéndolo con armas, llora, y Camilo se molesta mucho de su llanto. A esta molestia tiene la infeliz que reprimirse, y á esta represión de sus lágrimas, que agitarse, dolorida, en una convulsión, contrastada sólo por Camilo, quien le promete no separarse ni un minuto de su jefe Danton y no exponerse á daño ninguno. Y el espectáculo desarrollado á su vista en aquella vivienda, de la cual requería calma Lucila, prestábase muy poco á calmarla, pues el rostro de cada político presente, retrataba un embargo de su espíritu por abstracciones múltiples y un presentimiento en su corazón de próximas catástrofes. Estaba entre los presentes Freron, dantoniano de pelo



en pecho; publicista, que imitaba mucho á Marat; ahijado de la célebre princesa real Adelaida, tan reaccionaria; heredero de fortuna hecha con un privilegio dado á su padre, consumadísimo literato, por la corte para combatir el sistema filosófico generador de la revolución; y que, recordando en aquella hora suprema estos antecedentes palaciegos en pugna y conflicto con sus alardes revolucionarios, pedía desesperado á la Fatalidad y al Destino una súbita muerte. Después de haber Danton reparado un poco sus fuerzas con ligero sueño, contraído sobre la cama y sin desnudarse, reunió la gente que le acompañaba en el hogar, y se fué al palacio de la ciudad. Apenas habían transpuesto la puerta y bajado la escalera, tañe á rebato la campana del franciscano cenobio, en cuya sacristía se congregaban los dantonistas y en cuyas bodegas rugía, como en su antro, el sanguinario y demente Marat. Al siniestro tañido, que no lloraba muertos, los pedía; Lucila se siente incapaz de imperar sobre sus nervios, los cuales, desatados y vibrantes, le dan una especie de sacudida mortal, á cuyos estremecimientos llora como una Magdalena y se retuerce de dolor cual si estuviese loca. Madame Danton, por su parte, no sirve para procurar consuelo alguno á nadie: lo mismo que su marido aparece un hombre muy hombre, á su lado aparece y está ella como mujer muy mujer. El terror de ambas, alimentado por los sendos temores, que transfundía cada una sin deliberación á la otra, quiere sin duda engañarse; y disputan sobre si la campana que á rebato suena, pertenece ó no al club de Danton, inciertas de sus oídos, aunque por su larga residencia en París, distinguiendo cada toque perfectamente, les era difícil equivocarse. Los mensajeros, los curiosos, los entrometidos iban y venían con diversos y contrarios noticias que aumentaban las congojas de ambas infelices. Pero al poco tiempo, Camilo volvió, mas tan fatigado que, tendiendo el cuerpo en unos sillones de la sala y descansando la cabeza en los senos de su mujer, se durmió profundamente. Era la una en este momento y á las campanas del monasterio franciscano se unían otras campanas que diríase anunciaban fuego en todo París. A estas campanadas imposible dormir. Pero como Lucila veía su Camilo al lado y estaba por el momento serena si no dormía, tampoco desgarraba su cuerpo en agitaciones epilépticas como antes. Madame Danton, por su parte, aunque le habían puesto en la sala un catre para que pudiese granjearse mejor el necesario reposo, tampoco dormía, y menos desde que, despierto Desmoulins y separado de su esposa, para echarse á la calle, dió en sollozar y á su pena conceder rienda suelta dejando salir en torrentes las lágrimas de sus ojos y saltar los gritos en tropel de su pecho. Inútilmente se arreglaron una y otra con ese cuidado que la mujeres tienen de sus personas en los mayores conflictos, así que iba rayando el nuevo día, es decir, el diez de Agosto; inútilmente quisieron desayunarse y aun leer, ni el desayuno les pasaba de los labios ni les pasaba el libro de los ojos: la doble inquietud por sus sendos maridos, el amor á sus hijuelos, la incertidumbre por el destino de ambas familias concluyeron por sobreponerse á todo afecto y á todo pensamiento, empañándolas en mirar y

atender hacia fuera, buscando noticias de los suyos y queriendo exigir las del aire y del horizonte, cuando las dejaban en aquella horrible soledad. Con efecto, de súbito el aire á sus requerimientos obedeció, pues el cañón suena. Lucila no quiere dar asenso á sus oídos y se levanta como sonámbula y pega sus orejas á la pared. Así, volviéndose á su compañera, dice, después de bien cerciorada y cierta: suena cañoneo. Madame Danton, ya segura de que la suerte definitiva está echada, se levanta como por un resorte, se alucina en alucinaciones mostradas por extravío de sus ojos, despide una carcajada histérica, y cae derribada por un desmayo en el suelo. La compañera, más animosa, la cuida y acorre logrando volverla en sí. Y eso que durante la noche aquella, cuando la Desmoulins estaba tranquila, estaba la Danton tranquila; y cuando la Danton estaba tranquila, estaba in-tranquila, por su parte, la Desmoulins. Así bajaron, á instancias de última, sin recelo, hasta la calle; y en la escalera dieron á una con gárrula vecina, quien echó en cara sin rebozo á la pobre mujer de Camilo que todo aquel horror pasaba por culpa de su cónyuge maldito, el cual había con su pluma soliviantado los ánimos; y ya en la calle, por cuyo espacio paseaban respirando la frescura de aquella noche, como se asustasen al encuentro con patrulla numerosa, y quisieron subir de nuevo á su casa, pidiéndole á un panadero del cuarto bajo las dejase pasar por su trastienda, para ir al patio y tomar la escalera, el panadero les dió con la puerta en sus narices, echándolas con cajas destempladas, por crearlas, y no sin razón, coautoras de aquel espantoso movimiento. He aquí la noche del nueve de Agosto contada por una revolucionaria; veámosla contada por una constitucional y contada por una realista.

Madame Staël pertenecía, como todo el mundo sabe, á los partidos constitucionales. Así, consagra el capítulo noveno de la tercera parte de su libro, titulado *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, estudio largo y acertadísimo desde su punto de vista parlamentario, al diez de Agosto. En su relato seguidamente se nota el carácter de la escuela ó partido á que pertenece. Para ella, el movimiento único animado por la opinión pública fuera el movimiento primero que generó la Constitución; los demás créelos todos arbitraria hechura de las facciones en delirio. Así observa el crecido número de constitucionales congregados en el Congreso Legislativo, y la facilidad con que pudieron anular legalmente la minoría republicana, de quererlo con firme voluntad y realizarlo con patente perseverancia. Lo mismo pasó, en concepto de madame Staël, con la destitución de Luis XVI: quería la minoría, no la quería el núcleo de la Cámara, compuesto por los diputados conservadores; la mayoría no supo imponer su fuerza y valerse de su número; la minoría recurrió al pueblo. Mas, para ver cómo yerra la gran escritora pidiendo un gobierno constitucional, impedido por la única persona que podía formar lo, por el Rey, basta repetir su afirmación de que si los nobles no salieran del territorio y los realistas cortesanos apechugaran á una con la revolución, por ellos maldecida siempre, no ganaran los revoluciona-